

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 . . .
Extranjero . . . 1'50 . . .

¿Habrá procesión?

Mucho puede la rutina y el deseo de exhibir fuerzas, propias o ajenas, de los partidos políticos, y, en realidad, ésta sería la única justificación que pudiera darse a las manifestaciones obreras del 1.º de Mayo, que para el partido socialista español ya han adquirido el carácter de reglamentarias.

Y encabezamos este artículo con aquella pregunta, porque son tantos y de tal naturaleza los atropellos de que está siendo objeto el proletariado español por parte de los gobiernos y de la burguesía, que creemos llegada la hora de que los trabajadores envíen a paseo a todo el que le hable de legalismos y de manifestaciones ante los que son sus enemigos tanto por su posición social como por los intereses que para su defensa les ha confiado la burguesía.

En efecto: nada resultaría más ridículo sino que se pensara en organizar manifestaciones demandando a los ministros legislación obrera, cuando todos sabemos que su único deseo es el de legislar en sentido restrictivo, arrebatando al proletariado hasta aquellas pequeñas garantías que les concedieron gobiernos llamados reaccionarios.

Muchas son las razones que abonan el que los trabajadores se divorcien completamente del Estado, confiando a su esfuerzo la conquista, no sólo de su emancipación, sino hasta de las simples mejoras que hace 24 años se están reclamando cada 1.º de Mayo; pero la razón de más fuerza es la burla sangrienta, el cinico engaño de que fueron víctimas recientemente los obreros ferroviarios, a cuyo engaño contribuyeron, además de la burguesía y el gobierno, el partido republicano radical de Barcelona y los hombres más significados del partido socialista español.

Tampoco podemos olvidar, en apoyo de este divorcio, que después de los repetidos 24 años de demandas y promesas siempre incumplidas, los gobernantes, utilizando un ridículo pretexto por ellos preparado, entraron a saco en las organizaciones obreras, procesándolas, disolviéndolas y clausurando los centros obreros, sin respetar siquiera la Casa del Pueblo de Madrid, que padecía y padece verdadero empacho de legalismo. Fué una ciega represión.

Formalmente y casi ante notario, prometió el actual Gobierno hacer atender las justas reclamaciones de los ferroviarios y dictar leyes que garantizaran las mejoras que consiguieran como resultado de la huelga y todos vieron con asombro como cumplía sus ofrecimientos presentando a las Cortes una ley de represión para los que en lo sucesivo pretendieran mejorar su situación, estableciendo una nueva división de castas, por la que los esclavos de las poderosas empresas ferrocarrileras quedaban en peores condiciones que los esclavos de la tierra, del taller y de la fábrica.

Y separándonos de este orden de cosas, que si no se justifican se explican por ser el Gobierno representante y servidor de la

burguesía, veamos como procede con los obreros en el orden moral.

Más de un año hacía que la opinión pública demandaba una amplia amnistía para los presos políticos y sociales, y en Madrid se había constituido con tal objeto una comisión de periodistas, diputados y senadores de todos los partidos—incluso el conservador—y después de mil promesas de aquel saltimbanqui de la política que se llamó Canalejas, se descolgó con un indulto para presos por delitos comunes, como conmemoración del Centenario de las Cortes de Cádiz, por el que recobraron la libertad hasta repugnantes violadores de niños y niñas, quedando encerrados los que no habían cometido otro delito que desear un cambio de régimen político, mejorar las condiciones de trabajo o laborar en pro de una sociedad basada en los principios de amor y justicia.

Más tarde, parece que el jefe del actual Gobierno quiso reparar el mal del nefasto Canalejas y se decidió a conceder un indulto a procesados y condenados por delitos políticos y sociales: pero tal maña se dió en la redacción del articulado, que la gracia no alcanzó a ninguno de los obreros presos con ocasión de huelgas.

Queda bien patente que para los delitos cometidos con ocasión de las luchas entre el capital y el trabajo no hay justicia ni piedad. La ley cae con su terrible peso perdiendo toda esperanza de reparación. Si esta es la conducta que observan los gobiernos en cuanto afecta a los trabajadores, creemos que ya es tiempo de que en vez de formar como comparsas en manifestaciones que se utilizan para fines políticos, formen grandes núcleos de compañeros que, practicando la más estrecha solidaridad, adquirieran aquella fuerza necesaria para prescindir de redentores e intervencionistas ajenos a su clase.

No creemos que después de tanto escarnio sufrido de políticos amigos de los obreros y de gobiernos liberales, se intente repetir el próximo 1.º de Mayo la acostumbrada procesión obrera en petición de leyes protectoras; pero si esto ocurriera; si el partido socialista hiciera el llamamiento a las organizaciones obreras, éstas, recordando el calvario que llevan recorrido en estos dos últimos años, deben negarse a todo requerimiento en este sentido.

Y si la rutina, más que otra cosa, hace que no se trabaje en ese día, dediquémosle a laborar por los obreros encerrados, entre los que todavía hay—¡mentira parece!—condenados por los sucesos de julio, y con ello dignificaremos una fecha que ha sido prostituida convirtiendo en festival lo que habría de ser preparación para la lucha.

Veinticuatro años de humilde petición a los poderes constituidos, de la que no han sacado en limpio más que el elogio de los ministros por su comedimiento, son bastantes años para cambiar de táctica, y esto nos hace suponer que este año, aunque repiquen las campanas socialistas, no habrá procesión obrera.

a admitir sin examen todo lo que dicen el maestro y los libros.

Tal sistema de enseñanza es irracional. La instrucción que se da a la infancia en las escuelas primarias nada tiene de positiva y práctica. Tampoco se educa la voluntad de los niños. Se dejan sin cultivar sus sentimientos. En vez de contribuir al desarrollo gradual de sus inteligencias, se hace todo lo posible por deformar y atrofiar sus cerebros. No se procura poner a los niños en camino de ser hombres dignos, cultos, miembros sanos y útiles de la sociedad humana. Al contrario; se atiborran sus cerebros de prejuicios; se violenta su naturaleza; se les sirve un alimento intelectual compuesto de embustes y tonterías. Por medio de castigos indignos y crueles, se les humilla y convierte en seres dóciles y sumisos. Con premios que siempre resultan perjudiciales para los alumnos, y que muchas veces se distribuyen injustamente, se fomenta entre ellos la vanidad y la envidia. En fin, una calamidad y una vergüenza. Porque, en verdad, tan mala es la enseñanza que, sin exagerar, puede afirmarse que la mayor parte de las escuelas no son centros de cultura, sino lugares donde sistemáticamente se embrutece a la infancia.

En efecto; en esas escuelas se enseña todo menos lo necesario. Mirad, si no, en

resultados de semejantes procedimientos de enseñanza. ¿Dónde están los hombres inteligentes, cultos y buenos que han salido de tales escuelas? Sólo los idiotas, los granujas, los hipócritas y los groseros abundan en esta sociedad. Los pocos que valen algo no lo deben a la escuela, sino á que supieron autoeducarse.

Observad también la poca diferencia que existe entre los que asistieron al colegio y los que nunca pusieron los pies en él. Si la educación y la instrucción que se da a los niños fueran conforme a los principios de la razón, esa diferencia sería enorme. ¿No existe tal diferenciación? Pues esas escuelas son malas, esos sistemas de enseñanza están desacreditados por completo: en esas escuelas se perjudica a los alumnos; esas escuelas no cumplen su misión, que no debe ser otra que provocar el desenvolvimiento de todas las facultades humanas.

Una enseñanza que produce tan mezquinos frutos tiene que ser condenada por toda persona algo culta. No es posible seguir tolerando que en la escuela se deforme y comprima al niño. Es necesario transformar la escuela. En la escuela ha de comenzar la regeneración humana. Pero con la vieja escuela no haya cuidado que principie la obra regenerativa. Preciso será levantar nuevas escuelas e implantar los métodos pedagógicos científicos que ya están acreditados por la experiencia.

Lo que necesitamos son escuelas donde los alumnos sean educados de modo que lleguen a ser hombres de carácter independiente y se les enseñe a observar, a comprender, a pensar, a juzgar, a obrar por propia iniciativa. Las otras escuelas hay que destruir. Son baluartes de la ignorancia, de la superstición y del servilismo. Lo menos malo que les puede ocurrir a los que vayan a ellas es que salgan con suficientes energías para olvidar lo que les enseñaron. A veces acontece cosa peor: salen de la escuela maleducados para siempre. «La asociación interneuronal, no obstante su carácter hereditario—dice el insigne historiador Cajal,—es susceptible de ser irfluida y perturbada durante la edad juvenil por la educación y el hábito, ocurriendo con frecuencia que un cerebro capaz de alguna exquisita organización, se transforma en órgano mediocre, a causa de que la citada influencia por desarrollo torzado de ciertas vías, suspenda o modere ese crecimiento de los conductores destinados a las asociaciones lógicas.» Cuántos errores religiosos, científicos y filosóficos reconocen por condición principal la creación, mediante una educación eminentemente sugestiva y memorista, de conexiones cerebrales aberrantes y antinaturales!»

Fundemos, pues, escuelas donde no sean posibles tales anomalías. Demos a la infancia una enseñanza integral, para que integralmente desarrolle todas sus facultades. ¡Cuántas inteligencias que hoy se pierden por no haberlas cultivado, se ganarían entonces para la ciencia, para el arte, para la industria, para el bien de la especie! Bastarían dos o tres generaciones educadas racionalmente para que la humanidad se renovara y fuera posible la transformación radical de la sociedad.

Por consiguiente, revolucionar la escuela es la obra más grande que podemos hacer. ¡Hagámosla, pues! Excitemos el odio a la vieja escuela, rutinaria, bárbara, anticientífica y enemiga del progreso. Fomentemos el amor a la escuela nueva, racional, integral y libre. Arranquemos, en fin, de sus cimientos la antigua escuela y en su lugar alcemos la escuela nueva, y sea ésta faro que ilumine los cerebros y disipe las tinieblas milenarias que aun envuelven al hombre y le impiden marchar con paso firme por el camino interminable de la perfección.

JOSÉ CHUECA

Sociología burguesa

De *El Diluvio*: «No se puede concebir nada más irracional y estúpido que la inhibición y apartamiento en que están colocados los dos factores del movimiento ferroviario: capital y trabajo. Aquél no quiere saber nada de los deseos, quejas y aspiraciones de sus empleados, mientras éstos a su vez miran con mal disimulada inquina a su rival, que les mantiene a distancia y desdén alternar con ellos. En tal situación han de sobrevenir forzosamente rozamientos y malas inteligencias, que determinen el rompimiento periódico a que nos tienen acostumbrados con escándalo de las demás naciones.»

«Todo esto se remedia, a nuestro entender, sencillamente con un tribunal perpetuo de arbitraje, que dirima las cuestiones entre las Compañías y sus obreros, poniéndolos en frecuente contacto y orillando todos los motivos de justo resentimiento y enemistad. Compondrían dicho tribunal representaciones de ambas partes litigantes, presididas y asesoradas por un alto delegado del gobierno en quien residiesen dotes de imparcialidad e inteligencia por todos reconocidas. A ese arbitraje permanente deberían elevarse cuantas diferencias surgiesen entre patronos y obreros ferroviarios,

siendo su fallo inapelable. Claro está que de una y otra parte convendría tomar precauciones a fin de que el laudo revistiera todas las condiciones de justicia que en lo humano es posible aquilatar.»

Opino, por el contrario, que no se puede concebir nada más racional y lógico que la inhibición y apartamiento en que están colocados los dos factores del movimiento ferroviario: capital y trabajo.

Antes de pasar adelante es necesaria una aclaración, sin la cual, por anfibiaología o por confusión de lenguaje, no podría demostrarse la verdad, quedando cada cual encastillado en su punto de vista.

Entendámonos; porque en un diccionario que tengo a mano la palabra *capital* tiene doce acepciones: unas veces, considerada como sustantivo, es masculina, otras femenina; también es adjetivo.

La palabra *trabajo* tiene igualmente doce acepciones. No es verdad, pues, que con palabras que pueden entenderse de doce maneras distintas, de la discusión salga la luz, ni que hablando se entienda la gente, ni tampoco que la Academia fije, limpie y dé esplendor, ni siquiera que en español se pueda decir claramente lo que se piensa si el pensamiento va contra los convencionalismos corrientes.

Si por *capital* se entiende propietario-capitalista, y por *trabajo*, obrero asalariado, y este parece ser el caso de *El Diluvio*, repite: el apartamiento existe, es inevitable y nada pueden contra él los sofismas ni los lamentos.

Si además por *capital* se entiende dinero, y por *trabajo*, actividad productora, tampoco es posible la unión, porque el dinero por sí solo es estéril, nada vale sin el trabajo, que es por sí vivificante y fecundo. Un hombre en el desierto con un talego de onzas de oro se moriría de hambre y de sed.

Los que así defaunan el capital y el trabajo tienen grabado en los sesos de manera imborrable la tradición romana propietaria, fundada en la absurda división del hombre-persona y del hombre cosa, de la cual, a pesar de todos los progresos filosóficos revolucionarios, quedan como vestigios perniciosos en los códigos civiles modernos el derecho de propiedad, que da a unos la propiedad de la tierra y con ella los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles, y el derecho de accesión, con que los propietarios capitalistas despojan al trabajador del fruto de su trabajo.

La verdad es que si por abstracción podemos personificar o suponer separados como si fuesen dos cosas distintas el *capital* y el *trabajo*; si el privilegio y la autoridad

Desenterramos este artículo, de gran actualidad, que nos parece escrito con sinceridad y elevación de miras, cuando su autor podía escribir en anarquista por no haber sufrido aun el contagio político ni sentido la desgraciada necesidad de vestir la hipócrita y blanca túnica del candidato.

La Huelga General en lo que afecta a las vías férreas

Se afirma corrientemente por quienes no suelen tener más noción de las cosas y de los hechos que por lo que se desarrolla delante de su retina y no haciendo intervenir para nada su mentalidad, que la huelga, medio legítimo que el explotado ha de poner en acción para lanzar carga que no debe soportar, es de imposible realización en los ferrocarriles.

Error enorme que propalan por cuenta ajena y con el peor fin; porque si no queremos volver los ojos hacia los últimos recientes triunfos de nuestros colegas ingleses y norteamericanos, y aun la amenaza de ella en Suiza (que fué un triunfo colosal) recordemos que en 1872 fué general en todas las líneas españolas, aunque exclusiva de maquinistas y fogoneros, ganándola en las compañías de M. Z. A.—Z. P. B. y Norte, y causándolas un perjuicio por paralización de tráfico e inutilización de material, ocasionada por los esquirols, de más de 15 millones de pesetas, a pesar de su escasa duración.

Por no ser general y por no adoptar a tiempo las medidas precisas, dejándose además guiar por los políticos, fué un desastre la de 1900 en M. C. P. y Oeste de España.

Entienden otros con muy trivial criterio, que se precisa la caja de fondos (?) y no reparan que las municiones del enemigo están en la relación del 1 a 100.000.

No hay huelga más fácil ni de mejores resultados para llegar a la meta, que la de ferrocarriles y la de navegación.

En esos trabajos no interviene el Estado sino a título de inspector; así el capital no representa otro papel que el de vampiro.

En ellos todo es masa obrera en las distintas divisiones del trabajo: Tracción, Vía y Obras, Minas (las que las tienen propias), Explotación y Movimiento, Tráfico, Talleres y Oficinas de suministros y directivas. La obra de expropiación y reversión sería labor de 24 horas.

De su realización, hecha con plan definido, sobrevendría la total paralización de la vida industrial, puesto que todo quedaría en suspenso en todo el país, y sería general para todos los oficios.

han hecho posible que haya hombres propietarios que usurpen la riqueza social y hombres trabajadores despojados de esa riqueza y además condenados a un trabajo servil, la razón y, fundada en ella, la sociología han concebido el productor, capitalista y trabajador en una sola pieza, que toma de los bienes naturales y del trabajo acumulado lo que necesita y lo que le corresponde como copartícipe en el patrimonio universal, con lo cual se desvanecen todos los antagonismos y se establece la paz como resultado permanente indestructible de la justicia.

Entre el señor Maristany, representante de una rica compañía de accionistas, y el señor Ribalta, simbolizando la solidaridad de los ferroviarios, podrá haber una tregua de dominio o de sumisión, pero no más; es decir, guerra latente cuando no guerra declarada.

Supóngase cambiada la situación de las personas, y a Ribalta capitalista despidiendo al obrero Maristany, para que no se diga que si no se entienden es debido a que el uno es más sabio o más ignorante que el otro...; pues resultaría peor: a mayor sabiduría en el de abajo más dignidad y por tanto más rebeldía contra el de arriba.

Eso es evidente. En cuanto al remedio de *El Diluvio* con su tribunal de arbitraje, me parece bueno únicamente para componer un saínete.

Júntense unos señores burgueses representando el capital, unos seducidos obreros representando el trabajo, y un alto delegado del gobierno, representando la acción protectora y tutelar del Estado; hagáseles hablar o moverse caracterizando cada uno debidamente el papel que representa, y resultará forzosamente un pasillo cómico ridículo y risible, propio para una película cinematográfica comparable con la de Salustiano feminista, o para alegrar una velada obrera en un 1.º de mayo.

Y la sabiduría burguesa no da más de sí para solucionar el problema social. Es decir, sí da; todavía tiene otros recursos: la policía, la guardia civil, la suspensión de garantías, el estado de guerra, sin contar la antropometría, el pacto del hambre, los patronatos económico-religiosos, las jubilaciones obreras, el montepío estatista, el ahorro y la sarta infinita de ventajas-timo producidas por el reformismo.

Así queda rezagada la mentalidad burguesa, dejándose adelantar por la del proletariado militante, que avanza más cada día, a pesar de cuantos obstáculos se le oponen, en el camino de su emancipación.

ANSELMO LORENZO

No se comprende, pues, como hay entre tan numeroso ejército, tan disciplinado cuanto tímido, hombres que se quejan de su tristísima situación y de una explotación tan continua como su vida, cuando en su mano tienen el remedio, organizándose para la lucha, y dejándose un poco de las cajas de resistencia, viudas e inútiles, que todo lo más, son causa del retraso que sufre la hora de su verdadera emancipación por el trabajo libremente emancipado.

Si tal se hiciera hoy, y se fijara la labor diaria en ferrocarriles en solas diez horas, hallarían ocupación inmediata 30.000 trabajadores que representan en familia 120.000 individuos sujetos a los azares de una vida de hambre y abyección.

Y es esta ya una cuestión de altruismo por lo que es preciso que todos, con la mano sobre el corazón nos juremos trabajar para su pronta realización, siendo además palanca que resolverá la cuestión candente en todos los demás oficios por las razones expuestas.

«Que el gobierno ofrece coacciones, que se pone de parte del patrono, del capital y pone en sus manos los fusiles y los acorazados y los castillos...?»

Se ha escrito y platicado lo suficiente, hay harta doctrina, y no se necesita sino ejecutar.

¡Ven acá, ingenuo! ¿Dónde están esas cárceles para TODOS nosotros; dónde esos millones de soldados y policías; dónde quien mueva esos millones de máquinas?»

Si no hay pan, ni luz, ni aguas, ni transportes, ni nada, en fin... ¿quieres creer que habrá ninguno (explotados como nosotros) que ose salir a la calle?»

Ya to lo he dicho antes. ¡24 horas! Eso es lo que duraría la solución del que a ti te parece problema tan pavoroso y tremendo. La paz y la fraternidad serían un hecho, y empezáramos a ser hombres.

Precisamente por lo que asusta ese aparato de fuerzas, es por la pequeñez de los movimientos que sólo tienen hoy de útiles el mantener vivo el espíritu de solidaridad, de insumisión y de rebeldía.

LUIS ZURDO OLIVARES

(De *La Huelga general*, 5 enero, 1902).